

"Papeles son papeles,
Cartas son cartas,
Palabras de mujeres
Todas son falsas.

¿Y qué tenemos?

—Qué? que lo que dice la cancion es falso, y si no, que lo diga Rosa.

—¡Bah! chico, tú te olvidas de que Rosa sin espinas no hay mas que una.

—Fastidiosos! dijo esta volviéndoles la espalda y haciendo un gracioso mohin, mientras las rosas se apoderaban de las azucenas de sus mejillas.

FIN.

LO
QUE ES UN PARROCO.

HISTORIA ESCRITA

Por Luis Venillot.

TRADUCIDA

POR JOSÉ SARDÁ, ABOGADO.

MEXICO.

Imprenta de J. R. Barbedillo y C^ª Escalerillas núm. 21.

1874.

QUE ES UN PARROCO

LO QUE ES UN PARROCO

LO QUE ES UN PARROCO,

LO QUE ES UN PARROCO.

Durante el verano de 1846, hallándome en vacaciones á veinte leguas de París, oí hablar con admiracion del cura de M. . . . , poblacion poco distante de la que yo habitaba. Sin fortuna personal, ese buen cura habia reedificado su iglesia, y fundado muchos y magníficos establecimientos de caridad. Contábanse mil rasgos admirables de su perseverancia y de su confianza en Dios. No voy á referirlos: casi no hay diócesis en que no suceda algo semejante. ¿Qué católico no conoce á lo menos un párroco que haya construido una iglesia, fundado hospicio y escuela, teniendo que atender á sus obreros, sus pobres, sus deudas, debiendo cincuenta, sesenta, ochenta mil francos, sin otro cajero que la Providencia? Con todo, excitóse fuertemente mi curiosidad á propósito del párroco de M. . . . Proponíame hacerle una visita, cuando ciertos indicios me hicieron sospechar que era compatriota mio, y que podria recobrar en él á un amigo de la infancia que habia perdido de vista.

Marché una hermosa mañana, con mi escopeta debajo del brazo, y me dirigí á través de

los campos hacía la morada de M. . . . , cuya torre, despues de tres horas de camino, ví descollar á alguna distancia en medio de los bosques. El sitio era agradable; para disfrutarlo sentéme en un cerro y á la sombra de los nogales. Pero fué corto mi descanso: unos clamores mezclados con ladridos turbaron el silencio profundo de la campiña. Levantéme, y ví en un hondo camino á un hombre vestido de negro, que procuraba defenderse de dos enormes perros. Mas léjos, un grupo de muchachos, algunos bastante crecidos, daban los gritos que habia oido. No detenian á los perros, al contrario, los azuzaban y arrojaban piedras al desgraciado hombre que huía. Acudí á su socorro. Era un clérigo. Los endiablados bribones gritaban: ¡A él! ¡á él! ¡al lobo! ¡al cuervo!

Llegué á tiempo: llovian las piedras sobre el cura, y los perros se habian ya llevado un giron de su sotana. Lleno de indignacion, apunté contra aquellos atrevidos, y creo que en mi cólera habria disparado, á lo menos contra los perros. El clérigo, viéndome tomar tan resueltamente su defensa, me abrazó, mas admirado de mí que de los agresores; mas éstos no osaron empeñar un combate en que su artillería no habria valido tanto como la mía, y desaparecieron como una bandada de gorriones.

Seguro contra toda eventualidad, el clérigo me alargó la mano con una sonrisa llena de candor y de bondad.

—*Benedictus qui venit in nomine Domini*, me dijo: tenia gran necesidad de vos, caballero; pero teneis un genio demasiado vivo.

No contesté á su cordialidad; me apercibí de que tenia sangre en una mejilla.

—¡Los miserables os han herido! exclamé.

—No, no, respondió; los pobres niños no me han hecho mal alguno. Me habré rozado por torpeza al atravesar algun vallado.

—Venid conmigo, señor cura, proseguí, exaltado todavía. No debeis permitir que se os insulte. Yo veré al alcalde y haré castigar á esos tunantes. Algunos de ellos tienen ya bastante edad para responder de su delito.

—¡Ah! ¿qué me proponeis? Cuando vamos á cualquier parte, es para llevar la misericordia, no el castigo. Nada ganaríais por otra parte en quejaros; nadie en el pueblo encontraria mal que se matase á un clérigo; . . . sobre todo á mí.

Miré de nuevo al cura. Era bastante alto, algo flaco y fatigado. Su semblante presentaba una mezcla tal de gravedad y de sencillez; habia en su despejada frente tantas arrugas, y tanta inocencia en sus ojos y en su sonrisa, que no se podia precisar su edad; pero no debia distar mucho de los cincuenta años. No podia yo comprender, al verle, que semejante hombre fuese aborrecido, mayormente vistiendo sotana. Preguntéle qué habia hecho á sus paisanos para excitar así su cólera.

—Poca cosa, me respondió, sonriendo siempre; poca cosa, pues no soy su párroco. Están recelosos de mí, y me acusan de quererlos hacer devotos, en lo cual no se equivocan. Creen tambien que les doy maleficios por vengarme de la resistencia que oponen á mis deseos. Si pierden un carnero ó una vaca, si una helada ó un pedrisco

les causa daños, yo tengo la culpa; me han visto indudablemente conjurar el cielo contra ellos desde lo alto de mi campanario, enviarles la tempestad y detener la lluvia.

— ¡Pero son salvajes!

— ¡Salvajes, esta es la palabra! de otra suerte no serian malvados. ¡Ay! nosotros los clérigos debemos darnos golpes al pecho, cuando el espíritu de los pueblos cae en estas profundas tinieblas, porque es nuestra la culpa. Desde antes de la revolucion esta parroquia estaba echada á perder. El cura, rico y escéptico, se hacia amar y despreciar olvidando sus deberes. Habia dormitado durante la paz, apostató miserablemente en la hora del peligro, y la cólera divina en sus arcanos le dejó largo tiempo el puesto que entregó al enemigo. Cuando murió sin arrepentirse, el cristianismo habia ya perecido en su rebaño: no quedaron en él mas que vicios y supersticiones. Los párrocos que le sucedieron, ó fueron perseguidos, ó cedieron al mal, en adelante vencedor. Tuvieron ojos para no ver, oídos para no escuchar, piés sin movimiento, lengua sin palabras. ¡Dichosos si podian á lo menos comprar la tranquilidad por medio de tales sacrificios! pero ¿qué frutos habia que esperar de esa tranquilidad de la muerte? *Non mortui laudabunt te, Domine!*

— *Sed nos qui vivimus*, añadió, apretando con respetuosa ternura el brazo del buen sacerdote.

Echóme atónito una mirada

— ¿Hablo á un verdadero cristiano?

— Mi buen defensor es de aquellos *qui vivunt*?

— Sí, señor cura; es un hijo de la Iglesia quien os ha sacado de las manos de los descreidos.

A esta palabra, nueva manifestacion de sencilla alegría:

— Ciertamente, exclamó el buen hombre, *neque irrideant me inimici mei!* ¡Qué no se me insulte mas! estoy en disposicion de sostener el combate. Mas, puesto que sois cristiano, mi amado caballero, comprendéis por qué esa pobre gente me detesta. Hácenme á su manera la guerra que mas ó menos se nos hace en todas partes. He hablado contra las tabernas, contra el trabajo del domingo, contra las malas lecturas, contra la avaricia. ¡Ay! he hablado casi contra todo lo que hacen, y contra todo lo que aman, y me han tomado aversion. Pero no es toda suya la culpa. Entregados á sí mismos, quizás me tolerarian; mas el alcalde es algo usurero, el teniente tiene taberna, el maestro de escuela vende almanaques impíos; son las grandes influencias del lugar, y ellos forman el espíritu público. Además, he impedido que algunas jóvenes de mi parroquia se casen con ciertos filósofos de la vecina. No podia hacerlo de otra manera, pues que habia sido consultado; mas ellos no entran en estas consideraciones. Se han coligado todos contra mí, y siempre que me aventuro á pasar por ahí salgo apedreado. Os aseguro que seria menester un motivo muy grave para hacerme ir de noche. En desquite de mis hechicerias podria alcanzarme algun mal golpe.

— Pero, señor cura, ¿cómo os exponéis á encontrarlos aun de dia?

— ¿Qué quereis? es menester acostumbrarlos á que me vean. Por otra parte, esta vez me han

jugado una mala pasada. Merezo la confianza de una buena anciana del lugar: hiciéronme decir que estaba enferma y que me llamaba con premura. No me fiaba; no obstante, podía ser verdad, y luego me dije á mí mismo: Mi ida les probará á lo menos que un cura no vacila cuando se trata del cumplimiento de su deber; y si es un lazo que me tienden, comprenderán que no soy hechicero. Me cogerán; pero yo cogeré al diablo. ¿No es esto? Partí, pues, y encontré á muchos jóvenes por el camino, sin que me ofendiesen: ¡mal indicio! pasé por delante de la escuela, y me apercibí de que se me acechaba: bueno, ¡ya estoy cogido! Estaba ya seguro de no encontrar á mi enferma, y supe en efecto que se hallaba en el campo. Entro en la Iglesia para pedir á la Virgen que me dé su proteccion. Esta no ha faltado. Una niña (¡pobre angelito!) viene á rodearme, se aproxima, y con voz baja me dice que me vuelva por las viñas, y se escapa. ¡Ved! hasta en este mal lugar se encierra la caridad. Mas yo meditando sobre la adorable Providencia que por todas partes se reserva corazones á fin de establecer en ellos su dulce imperio, olvido el aviso, abro mi breviario, y emprendo distraidamente el camino acostumbrado. En castigo de mi torpeza iba á caer en una emboscada de niños de la escuela. Rodéanme súbitamente con desaforados gritos, azuzando sus perros y arrojando piedras. ¡Ah! ¡No lo hacian de broma! Felizmente la Virgen Santísima, que solo queria darme una leccion de memoria, os ha puesto de centinela para impedirles mayores excesos. Un pequeño rasguño y un poco de miedo, es pagar

barato el placer de encontrar un buen cristiano en esta tierra de infieles

—Admiro vuestra caridad, señor cura; no obstante, no me consuelo de no haber podido estirar las orejas á uno de esos picarones. Quisiera encontrar al maestro de escuela para corregir en su persona á todos sus discípulos á la vez.

—¡Bah! ¡bah! no saben lo que hacen. ¿Pero quereis de todos modos que me vengue? No perdais del todo la esperanza. Al cabo encontraré el medio de morigerar al grande enemigo que tengo entre esa gente, el cual no es otro que el príncipe de este mundo. El mes último han hecho marchar á su párroco: un pobre seminarista que temia ser asesinado, y que habian encerrado en su casa como un leproso. Les daré otro por mi mano. Los he estudiado, sé lo que les hace falta, y tengo preparado su hombre, un verdadero santo, un apóstol á quien la Virgen Santísima otorga todo lo que él quiere! Los amará tanto, que hará milagros, ó morirá; y entonces será su memoria la que los hará, y ellos se convertirán sobre su tumba. La tumba es tambien elocuente, y produce sus obras. ¡Cómo! ¡El Evangelio domina á los antropófagos de la Oceanía, y los salvajes de aquí, que despues de todo son bautizados, resistirán á la caridad de un verdadero sacerdote? Mas un sacerdote, mi caro amigo, es Nuestro Señor Jesucristo, el mismo Jesus, que mostrando los caminos de Galilea, ha dicho: *De estas piedras puedo hacer hijos de Abraham.* Allí hay una buena mujer que ama y sirve á Dios; es la única, tal vez, con algunas muchachas jóvenes. ¿Pensais que esto no es nada, no es verdad? Pues

bien, es todo lo que se necesita. Antes de quince años tendrán escuela de Hermanos, de Hermanas, cofradía y lo demás; irán casi todos á misa á la iglesia reedificada, y pedirán un vicario, porque el párroco, hoy reducido á cruzarse de brazos en esa barbechera, no bastará para recoger tanta cosecha. Hé aquí lo que os prometo, puesto que sois vengativo.

—¡Oigaos Dios, señor cura! Vuestros deseos son mas cristianos que mi cólera, y sois mas profeta que yo.

—El don de profecía, caballero amigo, que en otro tiempo el Espíritu Santo distribuyó indistintamente entre los fieles, es hoy privilegio de los santos: todo me falta para ser con él agraciado. Pero aquel que ve florecer por fin en la primavera un manzano por largo tiempo estéril, será profeta por anunciar que el árbol no está muerto y que pronto dará fruto! El pueblo de que hablamos es este árbol: ha reverdecido una rama vieja, hanse abierto algunas florecillas; hé aquí la señal, la conozco, no es la primera vez que lo observo, y espero firmemente la visita de Aquel que se apareció á la Pecadora bajo la figura de un hortelano.

Habíamos hecho un camino bastante largo, y el clérigo se apercibió de ello.

—¿Tal vez os desvio de vuestro camino? dijo: si no nos dirigimos al mismo punto, permitid que os dé gracias por la protección que me habeis dispensado. Estoy entre tanto fuera de peligro. ¿Veis esa cruz nueva? Es la entrada de mis tierras, en las que, gracias á Dios, no faltan amigos.

—Me parece, señor, dije, que andaremos juntos por algun tiempo mas. Voy á M....

—¡Ah! exclamó, ¡loado sea Dios! Hoy me envía gracia sobre gracia. Yo soy el párroco de M....

—Lo sospechaba, respondí.

—Sin pecar de indiscreto, prosiguió el buen cura, ¿podria saber á qué casa vais de M....?

—A la vuestra, señor cura.

—Bien venido seais mil veces, mi querido defensor. El párroco de M.... no es rico, ni es grande su casa rectoral, pero aun se puede ejercer en ella la santa hospitalidad.

—La aprovecharé, señor cura. Permitidme que os diga quién soy.

Me nombré á semejanza de los héroes de Homero: un tal hijo de tal. Al oír el nombre de mi abuelo materno, abrió atónito los ojos; al oír el nombre de mi patria, me abrazó.

—Somos *paisanos*, exclamó, y casi casi nos encontramos parientes. Tambien soy de Gatinais; mi madre es, como la vuestra, de Boynes, donde todo el mundo es primo.

—Poseo tal vez un título mas para vuestra benevolencia. He sido largo tiempo el amigo íntimo de un excelente jóven que, segun creo, es sobrino vuestro.

El cura me tomó las dos manos, las apretó fuertemente, y me miró algunos instantes en silencio, con una expresion de ternura y de dolor que me dejó turbado.

—¡Ay de mí! dijo al fin; no tenia otro sobrino que Pedro Laurend. ¿Es este de quien me hablais? ¡Murió el pobre niño! Falleció aquí muy

tristemente, muy desgraciadamente. . . . Pero no; no; su muerte no fué triste y desgraciada, pues fué cristiana. . . . ¡Ah! querido compatriocio, ¡qué recuerdo excitaís en mi corazón! ¡Le habeis, pues, conocido? habeis amado al simpático Landrend? Era ya un hombre perfecto, lleno de bondad, de piedad. . . . ¡Sí! dejáronlo morir. . . por culpa mía. . . Permitid, y dispensádmelo, no hablemos mas de él en este momento. Esta tarde ó mañana, despues de la santa misa, iremos á orar sobre su tumba. Allí encontraremos quizás algo de aquella inefable paz de que goza eternamente; así lo espero y lo creo, en el seno del Dios de misericordia.

La voz del buen cura era trémula; llenáronse de lágrimas sus ojos; cubrió su rostro la palidez. No me atreví á preguntarle sobre la época y las circunstancias de aquella muerte de que hablaba con una emocion tan diferente de su habitual calma. Esperé que renovase la conversacion; y comprendiendo que rezaba, recité tambien algunas oraciones por el alma de mi amigo.

Nos acercábamos á M. . . , que me pareció una poblacion bastante considerable y de mejor aspecto que las demás en general de la comarca. A un tiro de fusil de las primeras casas, en un pequeño calvario construido de ladrillos, se eleva una cruz de piedra bastante bella: al pié de la misma hallábase arrodillada una religiosa, rodeada de quince ó veinte niñas. Todas juntas cantaban con mucha gracia, *O cruz, ave!* El cura saludó á la cruz, á la religiosa y á las niñas.

—Es, me dijo, nuestra pequeña escuela, que va á dar el paseo del jueves. Si hubiésemos

entrado en la poblacion por el otro lado, habríamos encontrado un Hermano con una porcion de muchachos. Antes de salir á paseo, cantan el *Ave Maris stella* delante de una imágen de la Virgen.

—Creo, dije, que aquellos no tiran piedras al cura.

—Ya no las tiran, gracias á Dios; pero no sin trabajo se les á hecho perder la costumbre. Teníanla tan arraigada por lo menos como nuestros amigos de la otra parroquia, y debo decir en su honor, que apuntaban mucho mejor.

—¡Así, señor cura, habeis sido apedreado?

—Harto y mas de una vez. . . Pero ¡ay! siempre como hombre que no merece el martirio. Sin embargo, elegí á san Esteban por uno de nuestros patronos. Visitaremos mas tarde su capilla: algunas de las piedras arrojadas contra mí, ocupan su lugar en la pared de cerca, y casi todas han sido colocadas por las manos que las habian tirado. Ya veis que merezco crédito cuando digo que las flores anuncian los frutos. He pasado aquí tres largos años antes de ver, no una flor abierta, pero ni un débil capullo en el árbol que regaba con mis lágrimas y mis sudores. Esta parroquia era mas hostil, estaba aun mas perdida que la otra de donde venimos. ¡Ay! ¡cuán poderoso es Dios! ¡cuán bueno! ¡cuán grande su misericordia!

Nos hallábamos en la principal calle del lugar. Los habitantes saludaban al cura de la manera mas cordial; los niños corrian á pedirle una caricia.